

EN LA PRADERA

JENS BÜCHER

En la Pradera
Jens Bücher
1983
Der.Res.Jens Bücher
No.Inscripción 79740
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

Apacible la tarde
me fui a unas varas
y apoyándome en ellas
te observé.

Una mirada apenas
y seguiste pastando,
contenido que estabas
en tu ámbito sereno.

Me asombré viendo tu pelo negro,
tu porte grande
y la fuerza tranquila
de tus altas caderas.

Quién soy, pregunté,
si el pasto
o el animal que come,
cuando te veía mascar.

Quién es la naturaleza,
cuando el aire cálido
envuelve animal y comida,
y yo soy, también.

Tu cola en giro
y contra el flanco
interrumpía a veces
el peso de la tarde.

Fui a tus ojos tristes,
intuyendo en ellos
el contraste de toda
tu viril estampa.

Blandos y lentos
caían los párpados
sobre el café terrenal
de tus iris tranquilos.

Brillante y húmeda
tu mirada cubría
de nostalgia
el pasto.

Comías tranquilo
el agua del campo
hecha pasto.

Dabas un paso
y despertaba
tu respirar.

La tarde se gastaba
en contra
de tu calma.

Acerqué la mano
a tu espalda empinada
y tú apenas
te quisiste sorprender.

Apoyé la frente
contra tu cuello terso
y al levantar tu cabeza
me moviste.

Crucé la otra mano
y abrazado sentí tu sangre
equilibrada
entre asombro y paz.

Acariciando tu pelo
me dio por olerte,
y más me acerqué
apoyando la cara.

Hermano,
tú llevas la fuerza
que se inicia
en mi corazón.

Tu sangre
salvaje y oscura
es reflejo de la mía,
de sus sueños profundos.

Y como estás parado así
en el centro del mundo,
llevas junto a mí
la evidencia de la vida.

En la oscuridad de la noche
y apenas discernible
va tu fácil galope
por campos de la vida.

Alguna joven fuerza
presiona tu correr
hacia motivos
de flexible soltura.

A veces te adelantas
y te pierdes en lo negro -
entonces mi vista
te busca y anhela.

No es mucho
el conocer las relaciones,
expresar números
y vencer.

Pero
ir de instante en instante
con el corazón
que se abre.

Pero
sentir la fuerza
y el fluir
y no frenar.

Pero
entregarse
como tú
y ser.

Anoche salí al jardín
y te estuve espiando
hacia los matorrales
que circundan la casa.

Te habías alejado
pero ahora estabas cerca
y confiabas en los usos
de mi vida.

Y en esta oscuridad
me fui a intuir
que ya nos queremos
y somos amigos.

Primero fue una mano,
un brazo, otra mano,
unos cueros
y un lazo suelto.

De cariño en cariño
y mundos de paciencia
para el tiempo que va.

Y ya apenas recuerdo
todo esto
así como voy ahora
tranquilo y erguido
viendo tus orejas convexas
mostrando en la dirección
del andar.

Iba tu galope
con entusiasmo
por encima del prado
amplio y abierto.

Tu respirar
de labios cerrados
(respirar por debajo
de la relajada presión

con que mis rodillas
te iban queriendo)
marcaba el pulso
de tu energía.

Y en el aire
iba quedando
la noticia
de tu peso majestuoso.

Te solté a la penumbra
de pasto, arbusto y bosque,
y te fuiste con un trote
apenas iniciado.

La noche alta
comenzaba a ir
por tu sangre
adulta.

Yo me devolví
a casa y costumbre -
sabiendo afuera
mi vida.

Tú me has domado
a las leyes
que te rigen
y ahora soy sabio
al conducirte.

Tú tienes de mí
la dirección
en el torrente
de fuerza
que va por tu sangre.

Y los dos
si supieses
cómo
somos imagen
de la vida.

Somos una imagen
de la vida,
querido tú,
así como me llevas
sobre tu espalda flexible.

Somos armonía
de contrarios
cuando vamos
de bosque en pradera
y de vuelta a casa.

Somos un fruto
de todo lo que fue
y, abiertos hacia afuera,
la semilla que todo
lo contiene.

Tú y yo
somos un silencio
que se expresa.

Tu andar
y mi mirarte
son aspectos
del profundo fluir.

Y unidos
por mis piernas y tu espalda
somos imagen y fuerza
para un afuera
que recibe y respeta.

Todo es obvio
en tu sangre
sin palabras.

Los errores
que te cometo
sólo te atrasan.

Mis esperanzas
tú las adelantas
con melancolía.

Y con tu entrega
me invitas a
entregarme.

Por esas cosas del vivir
yo me acerqué
a tu cara reposada
y te vi tan serio
que te soplé
en la nariz:
atrás las orejas
y los dientes en enojo
te viniste encima
y yo caí de espaldas
incrédulo y arrepentido.

Pero tu vista
ya estaba tranquila
cuando me erguí
y el viento
de algo grande
retomaba su paso
por el espacio de tu alma.

En la oscuridad de la noche
te cruzaste en mi camino
y te asustaste, tú, tú,
en qué estabas,
como si fuese yo
a cuestionarte,
yo, que me alegraba

de verte,
qué pasó.

Tu tranco apurado
por encima de piedra y canal
persiste ante mis ojos
y tu huida se abre
ante mí
como un error irreparable.

En la soledad
de la noche
tu ausencia
es un paso
hacia el morir.

En la noche
de la soledad
la propia ausencia
madura hacia su
inhumana perfección.

Y tú,
cuando pregunto,
dónde estás,
ahora, ahora,
ahora.

Tu cara asoleada
y casi llevada al sueño
por la tierna tranquilidad
que iba por tu sangre matinal
nada parecía saber
de susto, huida y ausencia
con que yo aún me agitaba.

La ingenuidad de tu paz
estaba en torno a ti
como defensa, mensaje y convicción,
y en el aire
comencé a respirar
la solemnidad de tu vivir.

No parece ir
el peso verdadero
con el significado
que doy al fluir.
Sino donde tú estás
y aprehendes la tarde
con tu pastar calmo
y sin palabras,

ahí y así,
como gesto y señal, va
concentrado el fluir
significando hacia mí.

Cae
la tarde
sobre la soledad.

Despierto
y atento
tú eres anochecer.

Donde
me pierdo
y pregunto cosas

tú
ya eres
centro y dirección.

Más
sabes por ti,
tu sangre autónoma,
que por toda
visión.

Más
te involucras afuera
cuando dejo
espacio
para tu silencio.

Más
avanzas
si me acomodo
al paso
de tu andar.

Evidente en la paciencia
y fácil en la fuerza
va tu alma
por la vida.

Y cuando yo me dibujo
sobre tu trasfondo
veo todo el malestar
de mis usos humanos.

Al dormir hoy
quiero abrirme
al ejemplo tuyo

y dejarme ser.

En tu reposada sangre
espejar mi bulliciosa superficie
y dejar que en tu ámbito
se sosiegue mi mirar.

Apoyarme en tu comer
tranquilo y constante,
a ver si en mí
hay algo que se apoye.

Y si tú alguna vez dependes
de mi mano humana
dar de lo mío
sin que tú lo notes.

Quiero encontrarme de frente
con tu alma esquiva
y dejar que nuestras vistas
se crucen y mantengan,

pero siempre ganas tú
y yo voy en tu andar
obediente y humilde
tras la sabia decisión.

Pues en los reflejos recién
te puedes tropezar
y tú no quieres soltar
a quien llevas en tu espalda.

Un día la vida
te la cruzó por delante,
la yegua grácil y bella,
y tú fuiste olfato,
tú fuiste ojos,
tú fuiste oídos,
la carrera
y te sobrevino
sangre y fuego
y mordiste de nervios
en la espalda loca
y fuiste volcán
que explota
desde la tierra
hasta el cielo
incrédulo de miedo
y ella corría
y tú corría
y de nuevo saltaste
y de nuevo
y de nuevo
saltaste hacia la tarde tuya,
quién sabe,
si de ella,
si de ti,
en la pradera
de aire y aire
y más aire.

Hiciste luna de miel
en los días que siguieron
y apoyaste tu cabeza

en contra de su cuerpo,
de su cuello, de su cara.

Pasaron las horas de quietud
por encima del aire emparejado
y tu fuerza se cubrió
de ternura y viento
y ella agradecía tu presencia.

Hasta que la luna
le cambió el gusto
de su vida de miel
y ya molestabas casi
y fuiste alejando tus pasos
de su alterada soledad.

Luz y viento
alcanzaban tu cuell
esbelto y estirado
mientras pastabas.

Tu cola suelta al aire
ondulaba libre y graciosa
como en recuerdo
de la hembra,

esa siempre bella
y que de sí te daba
para que tú también
lo seas, a veces.

Algún día dibujar
tu porte alto y oscuro,
tu viril estampa
de perfiles delicados,
tu vista cálida
y la fortaleza
de tu silencio,
sabiendo en mis manos,
en el carbón que te traza,
en el corazón, íntimamente,
la serenidad inagotable
de tu bello andar.

Quién sabe
si en el torrente
de fuerza y percepción
que contiene tu sangre
van los sentimientos
emergiendo a tu conciencia
como gruesas expresiones
de hambre o paz -
si se yerguen suficientes
hacia su acabada posibilidad -
o si al ascender
anhelan despliegues más sutiles,
ligerezas graciosas en dirección
a la fineza del corazón -
si a veces
cuando te miras
tus transformadas manos
cae envidia
sobre tu corazón cándido
y ves cerrado un camino:
ése que yo por ti
quiero andar
de bien en mejor -
a ver si compenso
la fuerza de tu pena
con la elegancia
de tus anhelos.

Pero yo,
cuando voy
en dirección a ti,
a tu vivir
sin palabras
y tus tardes sin música:
cómo me sorprendo
y te admiro
y te quiero.

Llevar el olor
de tu piel
para siempre
en mis narices.

Saber
en mi dirección
el sonido
de tus pasos.

Y tu relinchar
en medio
de la noche
sea en mí

la constancia
de un vivir
que vibra
y fluye.

Cuando dirijo tus pasos
lo que hago
es aceptar
lo que tú haces.

Cuando sé mis cosas
es porque voy atento
a los signos
de tu sangre.

Cuando respiro el viento
que tú me regalas
tú galopas feliz
y me cuidas.

En la pradera
de la vida
vamos transformando
diferencia en complemento.

En la noche
del alma
tú me enseñas
el aceptarme.

De día
te soy útil
con agua
y herradura.

Y cuando muramos
irán también las aguas
satisfechas
de sí mismas.

La distancia
que tú recorres
es el lugar
de mi vida.

La fuerza
que tú eres
me despliega
a lo posible.

El olor
de tu piel
me tiene
en el presente.

Es probable
que ningún animal
en la tierra
tenga una frente
tan bella como tú,
prolongada hacia abajo
en la línea elegante
que recoges en nariz y labio,
suavemente,
como dulzura y claridad,
para devolverla
por detrás de tus fuertes maxilas
a la vivacidad
de tus orejas
vigilantes y sanas,
un mechón adorable
y de nuevo contiene
todo el silencio

en torno a tus ojos
enlagrimados.

Cuando galopas
fuerte y veloz
y me acuerdo
de tu cara allí adelante
quiero bajarme
y llorar
la belleza y la vida
junto a una piedra
cualquiera.

Tus labios blandos
me hablan de la paciencia
que va en arbusto y árbol
y en los signos del año.

En ellos también luce
la despierta tolerancia
con que tú entrelazas
la sangre y la experiencia.

Y cuando te largas gustoso
a carreras irrefrenables
yo sé que todo en ti
va tranquilo y seguro.

Que antes
no quise conocerte
y te tuve perdido,
pero a mí más,

que no haya intuído
mi desequilibrio pedestre,
que no me haya muerto
en mi cabeza ausente:

esto volver a vivirlo
cada vez que te peino,
esto sentir como el error
cuando te suelto a la noche,

esto tener por contrapeso

de toda la incontable riqueza
que brota desde los aires
de nuestra feliz pradera.

De gesto en gesto
y de amistad en amistad
hemos trotado y saltado
y compartido silencios largos.

Bien nos conocemos,
pero más y distinto,
a los dos nos viene
emparejada la intuición.

Y así es que cuando frenamos
sin nada estar viendo aún,
tú ya sabes curva y camino
a que doblaré tu cabeza.

Hoy soñé
que tú la volvías a ver,
café colorina, esbelta,
y que tú corrías hacia ella.

Que ella te esperaba
con sus crines y su cola
ondulantes y suaves
en el viento de primavera.

Que corrían juntos
hacia algún lugar
de agua y aire
y libre intimidad.

Entonces yo suspiraba
y preguntaba en mi sangre
por qué yo soñaba
esta ajena felicidad.

En la tarde
yo lloraba

por alguna pena
de la piel.

Tú estabas cerca
con tu porte alto
y tu pelo brillaba
de salud.

Esta tu claridad
se unió a la del agua
y yo apenas distinguía
esa luz de mi tristeza.

Montaña y campo,
camino y río
en las horas
del andar.

Tu silencio obediente
se va uniendo
al que yo siento
cabalgando.

Y cuando bajo
de tu espalda
tú me ves
como tuyo.

Aire,
agua
y pasto.

Fuerza,
paz
y unión.

Clara
se abre
la tarde.

Siento tu ondulante galope
 como el ritmo tranquilo
 de una fuerza dispuesta
 a un correr eterno
 por encima de los pastos
 de ladera y valle,
 como el alcanzar la libertad
 con tus piernas estiradas
 hacia un adelante exquisito,
 hacia una atracción
 que tiritita entre paciencia y ganas,
 hacia toda la superficie
 allí adelante
 que te vas comiendo
 con tus olas de seguridad
 y flexible desarrollo,
 bello tú
 en el viento de la vida,
 galopando, galopando,
 constante y feliz.

Animal querido
 hacia la oscuridad
 de la pradera nocturna,
 bendiciéndote como voy
 soy yo el beneficiado
 con toda bendición:
 con el aire
 que brilla en torno
 a tu solitario porte,
 con la tierra
 que cede olorosa
 a tu pie seguro,
 con el silencio
 en que se contiene
 tu sangre perfecta -

te miro
 y te adoro,
 y tú, tú vas
 desde tu cerrada intimidad
 en un despliegue de fuerza
 abriendo este presente
 para un futuro
 de quién sabe quién.

Y yo,
yo apenas soy
quien te observa,
quien deja
que tú seas
y protege tu ámbito.

Quien aleja
afán y comparación
de tu pasto limpio,
quien te guarda
de conveniencia y prevención
y deja que vaya
tu intención
apoyada atrás
y nada tire de ella:

y tú termines
lo que siempre
se inicia.

La mañana olía
a hierbas
y hojas caídas
y la tierra respiraba
la pureza
del inicio.

Me acerqué
a tu cara ingenua
y miré
en tus ojos
la calidez de tu sangre,
la transparencia de tu hacer
y la nostalgia eterna.

Y apoyado después
contra un árbol
vi mi vida
desenvolverse
sobre el pasto
y las hojas.